

Iliada de Homero, en la traducción de Ignacio García Malo (1788)

Pilar Hualde Pascual

La *Iliada* y la *Odisea*, atribuidas a Homero, son los dos grandes poemas épicos de la literatura griega arcaica que se han conservado completos hasta nuestros días, a la vez que constituyen las más antiguas epopeyas del mundo occidental.

El origen de la poesía homérica ha sido uno de los temas más discutidos desde el siglo XVIII en adelante, dando lugar a la polémica conocida como «cuestión homérica», en cuyo marco se dieron interpretaciones tan dispares como las que emparentaban la épica de Homero con supuestas epopeyas indoeuropeas del tercer milenio, hasta las que retrotraían los poemas homéricos a un horizonte cronológico poco anterior al siglo VIII a. C. Una postura intermedia, que ha sido la más generalmente aceptada, hace remontar el origen de la épica homérica al mundo micénico. Ello es sustentado por el carácter oral de la composición de los poemas, compatible con su nacimiento en un momento previo a la utilización de la escritura con fines literarios. Así, en el segundo milenio habrían surgido los temas míticos de la epopeya, cuya forma habría sido reelaborada y perfeccionada a lo largo de los siglos que median entre la caída de la civilización micénica, en torno a 1200, y la aparición de la escritura alfabética en suelo griego, a mediados del siglo VIII a. C., momento en el que se habría fijado la forma de los poemas en una primera redacción por parte de ese aedo genial al que convencionalmente conocemos con el nombre de Homero.

Es bien sabido que esta postura la sustentan diversos argumentos de carácter histórico y arqueológico, como es el hecho de que las estructuras sociales y el marco geográfico que se dejan ver en la obra homérica coinciden con los del mundo micénico, y que en ella se mencionen elementos materiales propios del segundo milenio, como son algunos tipos específicos de armas o el carro de guerra, y que es casi exclusiva la utilización del bronce frente al hierro para la elaboración del equipamiento guerrero y doméstico presente en los poemas. A ello se añaden argumentos lingüísticos, dado que la propia lengua de los textos homéricos, aún contando con su carácter artificial propio de una *kuntsprache*, presenta arcaísmos muy notables, que se han querido emparentar con rasgos lingüísticos del griego micénico.

En cualquier caso, la forma de composición oral de los poemas, que hace que, con toda probabilidad, en su base se halle la agrupación de composiciones menores previas, presenta algunos rasgos peculiares para el lector moderno, como son la presencia del epíteto constante, la dicción formular, o la escena típica, entre otros, lo que se ha hecho notar por los traductores a lo largo de los siglos.

La forma métrica del verso homérico es el llamado hexámetro dactílico, compuesto de seis pies métricos formados por dáctilos o espondeos, con posibilidad de un troqueo en el sexto pie. Estos versos se cantaban acompañándose de un instrumento de cuerda llamado forminge. La *Iliada*, en concreto, consta de 15.693 versos, divididos en veinticuatro cantos en los que se narra un episodio concreto acaecido el décimo y último año de la guerra de Troya: la cólera del caudillo griego Aquiles en su enfrentamiento con Agamenón por posesión de la esclava Briseida y las consecuencias que ello conllevó en la batalla entre griegos y troyanos, para terminar con la muerte y honras fúnebres del príncipe troyano Héctor.

Los hechos que Homero narró en sus poemas con pretensión de veracidad histórica fueron, en efecto, considerados como verídicos, a la vez que se convertían en modelo estético, manual de aprendizaje y hasta dogma de fe en la Antigüedad, aunque pronto surgirían nuevas tendencias que ponían en cuestión los relatos homéricos desde el punto de vista filosófico e histórico. En el mundo romano, las progresivas dificultades en el dominio de la lengua griega hicieron que el conocimiento de la obra homérica se hiciera mediante la difusión de un resumen de ella en latín, conocido como la *Ilias latina* (González Rolán, Barrio Vega & López Fonseca 1996: 9-10). Únicamente a través de este resumen el conocimiento del texto homérico pasará a la Edad Media europea, y sólo la recuperación de la literatura griega, después de la caída de Constantinopla, permitirá a Occidente rescatar los poemas homéricos.

La *editio princeps* de los poemas homéricos se publica en Florencia en 1488, y las dos primeras ediciones de Aldo Manuzio datan de 1504 y 1517, respectivamente.

Sin embargo, en España, las primeras traducciones de los poemas se harán esperar varios siglos: la *Odisea* se publica por primera vez en castellano en Salamanca en 1550 con el título *La Ulyxea de Homero, traduzida de griego en lengua castellana por el secretario Gonçalo Pérez*, aunque solo los libros I-XIII; una versión completa salió en Amberes en 1556, y la versión definitiva es de Venecia, 1562 (véase Guichard 2006); mientras que la *Iliada* tendrá que esperar a 1788 para ver editada su traducción castellana por mano de Ignacio García Malo, autor y texto en los que vamos a centrar este trabajo.

No obstante, ya hay constancia de un primer conocimiento parcial del texto de Homero en el siglo XV español, dada la existencia de una traducción en prosa de los cantos del I al IV, el X, y los versos 222 a 605 del canto IX de la *Iliada*, realizada por Pedro González Mendoza, hijo del marqués de Santillana (o por alguien de su círculo), precisamente a petición del propio marqués (González Rolán, Barrio Vega & López Fonseca 1996: 12-15). No se trata de una traducción directa del griego, ya que Pedro, a la sazón estudiante en Salamanca, tradujo esos cantos a partir de la versión latina de la *Iliada* de Pier Candido Decembrio (cantos I-IV, X) y de las *Orationes Homeri* de Leonardo Bruni (versos 222-605 del canto IX). La versión del que sería luego el Gran Cardenal, datada entre 1446 y 1452, quedó inédita, y se conserva en el manuscrito de la British Library Ad. 21245.

Fuera de ese caso temprano, existen otras noticias de traducciones, parciales o totales, del inmortal poema al castellano previas a la de García Malo, que, por diversas

circunstancias, nunca llegaron a ver la luz y, o bien quedaron inéditas o bien se perdieron incluso en su versión manuscrita. Se han conservado dos versiones: la compuesta en endecasílabos por Juan de Lebrija Caro en 1630, que es la primera traducción completa y se conserva en la Real Biblioteca (Mss. 1387-88), y una versión en octavas reales que ha sido atribuida al duque de Sotomayor, fechada en 1746 y actualmente en la Biblioteca Nacional de España (Mss. 8227-8228).

Pero hay incluso noticias de que otros eruditos tradujeron total o parcialmente el poema, aunque dichas traducciones se han perdido: es el caso de las versiones completas llevadas a cabo entre los siglos XVI y XVII por el poeta Cristóbal de Mesa y por el humanista Sánchez de las Brozas y, ya en el XVIII, el caso de la traducción versificada de la *Iliada* que realizara, junto con la de la *Odisea*, el jesuita expulso Manuel Rodríguez Aponte, con notas y comentarios que en su momento se juzgaron excelentes. Ya en la segunda mitad del Siglo de las Luces, existe noticia de que Meléndez Valdés intentó su propia traducción del poema, que finalmente se redujo a los trescientos primeros versos del canto I (Martínez García 2004: 127).

Pocos años después, en 1788, un autor que hasta hace pocos años había permanecido en el olvido, Ignacio García Malo, da a la imprenta por vez primera vez el texto de la *Iliada* en castellano, con el título de *La Iliada de Homero, traducida del griego en verso endecasílabo castellano por D. Ignacio García Malo*.

Ignacio García Malo (1760-1812) se ha conocido durante años precisamente por haber sido el primer traductor de la *Iliada* al castellano, más que por su obra literaria, recientemente revalorizada (Lama Hernández 1997). Y, sin embargo, aunque su biografía ha sido reconstruida muy cuidadosamente (Carnero 1996), aún quedan lagunas respecto a su formación en la lengua helénica, imprescindible en la época para el acceso al desempeño de algunos cargos de la administración, como es el de bibliotecario en la Real Biblioteca (Aguilar Piñal 1988). A esta institución estuvo, efectivamente, vinculado el erudito entre 1789 y 1798 (García Morales 1971, García Ejarque 1977). Si bien no se ha indagado sobre la época de su aprendizaje del griego, ciertos documentos que le sitúan como uno de los mayordomos y administradores del Colegio de San Felipe y Santiago, de la Universidad de Alcalá, en 1792, pueden hacer pensar que su formación hubiera estado asimismo vinculada a dicha institución.

Convencido liberal, durante la Guerra de la Independencia desempeñó el cargo de oficial segundo de la secretaría de la Junta Central (1809), momento en el que trabó amistad con Manuel José Quintana (Menéndez Pelayo 1952). De sus creencias políticas dan fe los tres opúsculos de índole política publicados en la última etapa de su vida, además de suponersele una participación activa en la redacción de la Constitución liberal de 1812 (Rodríguez Morín 2012a), y del resto de sus inquietudes intelectuales queda asimismo constancia a través de sus polémicas en la prensa, en las que actuó bajo diversos seudónimos (Herrera Navarro 1993, Aguilar Piñal 1996, Carnero 1996 y Rodríguez Morín 2012b).

Como obra literaria, cuenta en el haber de García Malo una colección de novelas recogida con el título de *La Voz de la Naturaleza* (1787-1792), las tragedias *Guillermo de Hanau* (1786) y *Doña María Pacheco* (1788) y la ópera *Glaura y Coriolano*

(Carnero 1993-1994). Además de su obra de creación, García Malo destacó por su actividad como traductor, ya del francés, del que traduce las obras de Jean-Baptiste Blanchard *Escuela de costumbres o Reflexiones morales e históricas sobre las máximas de la sabiduría* (1786) y de Pierre Blanchard, *El Plutarco de la juventud o Compendio de las vidas de los hombres más grandes de todas las naciones desde los tiempos más remotos hasta el siglo pasado* (1084-1805), ya del italiano, del que traduce un drama de *El Demofonte* de Metastasio con el título de *El inocente usurpador* (1791), ya del inglés, donde le cabe el honor de haber sido el primer traductor al español, en 1794-1795, de *Pamela* de Richardson, con el título de *Pamela Andrews o la virtud recompensada* (véase Pajares 1992). Pero la traducción que más conocido le hizo fue la de la *Iliada* homérica. La primera edición de esta obra se publicó en Madrid, en la imprenta de Pantaleón Aznar, en 1788, en tres volúmenes; existe asimismo una nueva edición de 1827 (Madrid, Imprenta de Vergés). Además de eso, hay referencias de que el texto se incorporó a una lujosa edición con traducción de la *Iliada* a varias lenguas que se publicó en Florencia en 1838, donde la versión del español se habría codeado con algunas de traductores tan célebres como Voss, Monti o Pope: *Homeri Ilias Graece, quam vertebant Latine soluta oratione C. G. Heyne, Versibus item latinis R. Cunich, Italicis V. Monti, Germanicis Woss, Anglicis Pope, Gallicis Aignan, Ibericis García-Malo* (Carnero 1993-1994).

En cualquier caso, no deja de ser paradójico que desconozcamos la formación clásica del autor que logró la empresa de ver en letras de imprenta la primera versión hispana del más célebre poema épico de la Antigüedad. Como avanzábamos, sólo de forma tentativa podemos suponerle un posible aprendizaje de la lengua helénica en las aulas complutenses, conocimiento que le habría posibilitado el acceso al empleo en la Real Biblioteca. Precisamente la edición de su traducción se produce un año antes de su incorporación como escribiente en dicha institución. Se sabe igualmente poco del proceso de la traducción. Sólo lo que se halla en el expediente que contiene las solicitudes de impresión de los tres volúmenes de la obra (Carnero 1993-1994). La del primer volumen fue enviada en junio de 1787 a Ignacio López de Ayala y Casimiro Flórez Canseco para su valoración. El primero, catedrático de Poética en los Reales Estudios y versado en lenguas clásicas y semíticas, declinó el informe por encontrarse ausente y enfermo, y es Flórez Canseco, catedrático de Griego en el mismo centro y uno de los más notables helenistas del último tercio del XVIII, el que informó favorablemente la obra el 15 de noviembre de ese año. El informe del segundo volumen, dado el 14 de marzo de 1788, acompañaba la devolución del original para que se realizaran correcciones en los lugares señalados, en los que le parecía hallar una traducción incorrecta o algún verso omitido. Corregido el texto por García Malo, el informe favorable es emitido el 5 de junio, así como el dado para el tercer tomo el 24 de noviembre del mismo 1788 (Carnero 1993-1994).

El traductor dedicó la obra al conde de Floridablanca, a la sazón secretario de Estado, como «protector declarado de las Ciencias y de las Artes», en lo que se ha considerado como un intento de acercamiento a las ideas regalistas del gobierno ilustrado (Romero Recio 2003). Ante el ministro, el helenista justificó su tarea por la

ausencia de traducción de la *Iliada* al castellano, frente a las muchas que del poema existían en otros países, y por la «utilidad a la patria» que suponía tener una versión en lengua española que permitiera leer el texto a los muchos que no se hallaran en disposición de leer el original. Esa ilustrada idea de «utilidad» conllevará tres consecuencias: el posible estímulo para que otros traductores se atrevan a hacer nuevas versiones del poema, la formación del gusto de los lectores y la posible emulación del modelo épico propuesto por Homero, canon literario aún vigente en pleno Neoclasicismo.

Tras la dedicatoria, García Malo antepone a su traducción un extenso «discurso preliminar» de noventa páginas, en el que el erudito plantea, por una parte, los objetivos de la publicación de la obra y los problemas que ha hallado para su realización, y, por otra, hace una introducción literaria al texto homérico.

En el capítulo de los obstáculos enfrentados, destaca la queja acerca de la dificultad intrínseca de la lengua griega, considerada mayor aún que la de la latina, y los problemas de su traducción. Ello hace que la versión de la lengua homérica a un idioma moderno sólo admita, en opinión del joven erudito, dos posibilidades, ambas imperfectas: dar una expresión poética al texto en la lengua de llegada, separándose así necesariamente del texto griego, o someterse a la literalidad, aunque la versión final adolezca de prosaísmo en la lengua moderna. García Malo ilustra este particular con un ejemplo, los versos 528-530 del primer canto de la *Iliada*, cotejados en dos versiones latinas (Cunitz y Alegre), una inglesa (Pope), cuatro francesas (Dacier, Bitaubé, Gin y Rochefort) y tres italianas (Salvini, Cesarotti y una anónima), que compara, muy oportunamente, con su propia versión literaria y con otra, suya también, por completo literal. Y es que el traductor, versado igualmente en lenguas modernas, confiesa haberse servido de las mejores traducciones y comentarios del poema en diferentes idiomas, además de haber «consultado a algunos sujetos hábiles en la materia», sin que podamos saber a qué helenistas se está refiriendo.

Hace el erudito una doble consideración respecto a las funciones del traductor (Ruiz Casanova 2000: 360), por una parte, en relación con la recepción que el público pueda hacer de su obra y, por otra, con la propia condición artística de la versión. De esta manera, para que el juicio público sea positivo supone que la traducción debe presentar la mayor literalidad, y para ello sólo cabe utilizar la prosa; sin embargo, si se pretende que el traductor haga una obra de creación que pueda ser digna del original (*aemulatio*), como parecen exigir los usos poéticos del momento, debe dar rienda suelta a su genio e intentar una traducción en verso (García Garrosa & Lafarga 2004: 9). Consciente García Malo de las dificultades de su empresa, se inclina por hacer la traducción del poema en endecasílabos libres incorporando «un dístico al fin de cada estrofa». Con ello pretende el autor conjugar fidelidad y creación, según se deduce de sus palabras: «arreglándome en lo posible al original y conservando, en cuanto mi talento poético ha alcanzado, su majestad, grandeza y naturalidad». Aún así, es consciente el traductor del éxito únicamente relativo de su empresa, que resulta «lánguida y fría en comparación con el original», situación compensada, si no es con la alabanza popular, que confiesa reiteradamente no buscar, sí con la utilidad pública que

supone difundir la obra homérica, cultivar el buen gusto entre los lectores y propiciar que a partir de su versión imperfecta «algunos de superior erudición y talento» puedan animarse a emprender una nueva traducción del poema, extremos que ya había expresado el traductor en su dedicatoria inicial a Floridablanca.

El grueso del discurso preliminar lo dedica el autor a hacer una introducción literaria al texto homérico, en la que reproduce con detalle los argumentos de la *Querelle des anciens et des modernes*, con repetición de las opiniones que acerca de Homero presentaron autores antiguos (Quintiliano, Platón, Plutarco, etc.), pero, sobre todo, autores modernos, entre los que cita extensos párrafos de los defensores del padre de la épica, como Pope (págs. XXVII- XXVII) o, sobre todo, Mme Dacier (págs. XXXV-LIII), cuyo prólogo a la traducción de Homero está en la base de las argumentaciones de nuestro traductor. Asimismo, en su idea recurrente de formar el gusto del lector, defiende la compatibilidad de la estética homérica con la norma poética neoclásica citando a tratadistas como Le Bossu (*Traité du poème épique*) y Batteux (*Principes de la littérature*).

En cuanto a la propia versión se refiere, digno intento de adaptar la épica griega al endecasílabo castellano, es destacable su ajuste a la literalidad del texto original, separándose en aquellos casos en que la propia especificidad de la lengua homérica resulta difícil de comprender al hombre de la época. El caso paradigmático es la traducción de los epítetos épicos (Martínez García 2004: 134) que, por decirlo en términos borgianos, «acuden conmovedoramente a destiempo». Es evidente que en este momento la falta de estudios sobre la dicción formular y las técnicas de composición oral, que no se desarrollarán antes del primer tercio del siglo XX a partir de los trabajos de Milman Parry, hacen incomprensible, o al menos sorprendente, para el hombre del momento la presencia de estos adjetivos constantes. García Malo, sin embargo, en absoluto critica su presencia en el texto griego desde el punto de vista estético sino que, en ocasiones, sustituye el epíteto por otro que resulte más claro en castellano, a partir, según confiesa, de la consulta de las diversas traducciones del poema consultadas. El ejemplo que al respecto aporta en su prólogo el traductor está sacado del verso 528 del canto I de la *Iliada*, en el que el sintagma en dativo *κυανέησιον ἐπ' ὄφρῦσι*, «con sus oscuras cejas» (en la versión literal del erudito «con sus cerúleas cejas», de *κυάνεος* «de color azul oscuro, sombrío») es sustituido en la traducción poética por «sus formidables cejas», a partir de la versión francesa de Rochefort.

Otra cuestión que explicita el helenista a la hora de justificar las amplificaciones de su versión es la imposibilidad de traducir algunos de estos complejos epítetos constantes por una sola palabra en castellano, ya que parece «ser imposible trasladar a ningún idioma moderno el valor de las expresiones griegas que pintan de un solo rasgo lo que exige muchas palabras en los de todos los demás pueblos». El ejemplo elegido, a partir del verso 250 del mismo libro I, es *μέροψ* 'de voz articulada', y, aunque, sin mencionarlos en griego, se refiere a otros como *ἐκηβόλος* 'que dispara de lejos', etc.

En cualquier caso, el traductor es absolutamente consciente de la importancia y belleza de estos «mecanismos expresivos» inigualables presentes en el original, entre los que se refiere a la llamada «comparación homérica» en estos términos: «Pero,

¿cómo es posible imitar en otro idioma el mecanismo expresivo, v. g. [...] el [verso] 87 del libro segundo, en que compara con las abejas a los griegos saliendo de sus naves?».

El goce que el erudito extrae de la lectura del original, y sus denodados esfuerzos por reproducir su tono, quedan patentes en su emocionado comentario del pasaje del canto segundo de la *Iliada*, versos 312-316, donde se nos describe la escena en la que una serpiente devora a ocho pajarillos y a su madre. El traductor se recrea en las diversas aliteraciones y en la correspondencia entre forma y contenido, como se deja ver en estas palabras:

Estos versos 311 y siguientes tienen el más expresivo y natural artificio. Las dos voces *petalis hypopepteotes* del verso 312 son de una viveza y armonía inimitable. El sonido de las tres *p*, que tropiezan una con otra, representa vivísimamente el embarazo de los pobres pajarillos, que, queriendo echar a volar, vuelven a caer en el nido. El *tetrigòtas* hace percibir al mismo tiempo el *pío pío* de los pajarillos y el rechinar de los dientes del dragón al devorarlos. El *meter d' amphèpòtato odyromene phila tecna*, pinta con el primer hemistiquio el vuelo alrededor, y con el segundo el gemido y agonía de la madre; y el 316, *Tend' elelixamenos pterygos laben amphiachyan*, representa a lo vivo la acción del dragón al volverse a la pájara, que piaba como lamentándose, y al cogerla del ala.

El texto griego aludido y la traducción de nuestro autor son los siguientes:

ἔνθα δ' ἔσαν στρουθοῖο νεοσσοί,
νήπια τέκνα,
ὄζωι ἐπ' ἀκροτάτῳ πετάλοις
ὑποπεπτηῶτες
ὀκτώ, ἀτὰρ μήτηρ ἐνάτη ἦν ἢ τέκε
τέκνα·
ἔνθ' ὃ γε τοὺς ἐλεεῖνὰ κατήσθιε
τετριγῶτας·
μήτηρ δ' ἀμφοποῦτο ὄδυρομένη
φίλα τέκνα·
τὴν δ' ἐλελιξάμενος πτέρυγος λάβεν
ἀμφιαχῦαν.
αὐτὰρ ἐπεὶ κατὰ τέκνα φάγε
στρουθοῖο καὶ αὐτήν...

En la más alta rama un nido había
Con unos pajarillos pequeñitos,
Tremolantes debajo de las hojas.
Los hijos eran ocho y con la madre
Que el ser les había dado, nueve había.
El dragón devoró ante nuestros ojos
Los ocho pajarillos pi-piantes.
Lamentando la madre sus hijuelos
Y queriendo empeñarse en su defensa,
Volaba alrededor, y el fiero monstruo
Volviéndose de pronto, con los dientes
La coge por un ala y la devora
Mientras llenaba el aire con sus gritos.
Mas luego que el dragón impiamente
Se comió los hijuelos y la madre...

Es de interés reseñar el intento de literalidad de nuestro autor, pese a que el verso impone la presencia de algunas amplificaciones («un nido había», «y queriendo empeñarse en su defensa», «con los dientes») que pueden perdonarse ante otros aciertos, como es la traducción del verso 313: ὀκτώ, ἀτὰρ μήτηρ ἐνάτη ἦν ἢ τέκε τέκνα como «Los hijos eran ocho y con la madre / Que el ser les había dado, nueve había»,

que supera a la traducción sintética que de él hará pocos años después Hermosilla: «con la madre, ocho recién nacidos pajarillos» e, incluso, en este punto, a la, por otra parte excelente, de Segalá, ya a comienzos del siglo XX, que, en este verso, se toma la licencia de ignorar la condición ovípara de las aves: «eran ocho, y con la madre que los parió, nueve».

Además, es elogiable el esfuerzo de nuestro helenista por conseguir una reproducción de las aliteraciones del texto griego, si bien el sonido repetido difiere en castellano con respecto al del original: son los casos de ὑποπεπτηῶτες, cuya /p/ se corresponde con la repetición de /t/ en *tremolantes*; y de τετριγῶτας, cuya /t/ se reproduce en la repetición de /p/ en castellano, en la forma *pi-piantes*, que el propio autor justifica al final de su introducción:

me he valido de algunas pocas voces no muy usadas, inventando particularmente la palabra *pipiantes* [...] pues no he hallado voz alguna en nuestro idioma para expresar la fuerza del *tétrigotas* [...], que si no alcanza a demostrar el rechinar de los dientes del dragón al devorar los pajarillos, hace percibir más bien el *pi, pi*, duplicado con el *pío, pío* de éstos, y diciendo simplemente *que piaban*, no se exprimía en parte la maravillosa armonía del texto.

Por lo demás, la versión es conservadora respecto a la utilización latina del nombre de los dioses griegos, situación que no cambiará hasta que Segalá dé a luz su mencionada traducción de la *Ilíada* en 1908 (Martínez García 2001b: 650-653).

Pese a la revalorización que se ha hecho en los últimos años de la traducción de García Malo, se ha hecho notar que su esfuerzo por la fidelidad a la letra del texto griego ha coartado su creación poética, punto en el que se resiente la versión castellana (Martínez García 2005: 164). En cualquier caso, se puede decir, que, pese a la carencia de conocimientos que de la lengua homérica y su génesis se tenía en el siglo XVIII, nuestro erudito posee la intuición del traductor moderno en puntos como son su defensa de la estética del poema considerado en su contexto histórico («A esto se añade la contraposición de los usos y las costumbres modernas con las antiguas [...] porque muchas veces nos olvidamos de transportar la imaginación a los siglos en que eran cultas y comunes»); el uso y cotejo de traducciones disponibles, alguna de ellas, como la latina del padre Alegre, muy reciente en ese momento (Guichard 2004: 413) y en su intento, no siempre logrado, de adecuar la forma de texto castellano a la del original griego, y prescindiendo de buscar la adaptación del original al uso nacional, como se impondrá posteriormente en el siglo XIX.

La historia de la recepción de la traducción de García Malo es la historia de un infortunio. Desde el momento de su salida de imprenta hay puntos que ensombrecieron la difusión de la obra, incluso desde la reseña inicial, aparentemente positiva, de cada uno de los tres tomos en el *Memorial literario, instructivo y curioso de la corte de Madrid*, único periódico que se hizo eco de la publicación. Una larga reseña del primer tomo aparece en el volumen XIV, nº 66, de julio de 1788 (2ª entrega, pp. 498-502); cuatro meses después se da cuenta del segundo tomo en el volumen XV, nº 74, de

noviembre de 1788 (2ª entrega, pp. 478-482) y del tercero en el volumen XVI, nº 84, de abril de 1789 (2ª entrega, pp. 661-664). En estas reseñas, en principio, se alaba tanto la calidad de la traducción del griego, como la forma y versificación castellanas, aspectos éstos últimos que, en fechas posteriores, como podremos comprobar, van a ser muy criticados:

La hallamos muy exacta y ajustada al original, sin la nimiedad literal del traducir palabra por palabra: en suma, cual debe ser una traducción poética de Homero. [...] El estilo es maduro sin sequedad, sublime cuando le ofrece campo el original, y a veces florido cuando la naturaleza del asunto lo exige [...], la versificación numerosa, corriente y fácil y aunque solamente rima los finales de las estrofas [...] nada se echa menos la rima en los versos sueltos por el arte con que están combinados, variados y dispuestos, para que su uniformidad no fastidie. [...] Se advierte, por lo común, mayor fuerza, elegancia y expresión en los pasajes más difíciles, prueba de que el traductor reunió en ellos todo su vigor y destreza. (XIV, nº 66, de julio de 1788, 2ª entrega, 499-500)

En otra ocasión se afirma que es «el primero que ha logrado traducirlo en nuestro idioma con claridad, entusiasmo y fuego poético de su versificación» (XVI, nº 84, abril de 1789, 2ª entrega, p. 662), aunque entre líneas se hacen insinuaciones sobre la ausencia de acogida popular del texto, situación que se vincula, en apariencia irónicamente, con la calidad del mismo:

Pero a pesar del mérito de esta traducción, vemos con harta vergüenza que ha causado mucha menor sensación en el público que el más despreciable folleto de cuantos fatigan nuestras prensas y paciencia. [...] En España ésta es la primera que ha salido a la luz y, sin embargo, nadie la nombra, ni aun para censurarla. ¿Será, acaso, porque la traducción es mala? Por lo mismo se debieran dedicar nuestros críticos a desengañar a los que la tenemos por buena. Pero quizá esta general insensibilidad procederá de que es tan común entre nosotros el conocimiento de la lengua griega y de Homero que nos es superflua toda traducción buena ni mala. (XIV, nº 66, de julio de 1788, 2ª entrega, 500-501)

Ciertamente, en la reseña de la segunda parte de la obra el anónimo cronista matiza esta percepción de la acogida del público y se da cuenta de una digna venta de ejemplares: «no nos prometíamos tan buena acogida del público como después hemos sabido, y así parece que el señor Malo, estimulado por esto y por la decente salida de los ejemplares, que anhelan los sabios, se ha esmerado en perfeccionarla en lo posible» (XV, nº 74, noviembre de 1788, 2ª entrega, p. 479).

Posiblemente por esas mismas fechas Cándido María Trigueros dejó para la posteridad opinión positiva –aunque inédita– del poema, pues en una censura de la traducción que se halla entre sus papeles conservados en la Biblioteca Menéndez Pelayo, afirma lo siguiente: «Por lo común está escrita con aseo y tino; escoge bien el escritor lo que toma de otros autores y su estilo es regular aunque se pudiera limar un poco y purgarle de alguna expresión o palabra extraña; también pudieran evitarse

algunas repeticiones. [...] De tales obras conviene que se multipliquen las traducciones e imitaciones» (Aguilar Piñal 1987: 127, n. 20).

En cualquier caso, sí parece que la primera reseña del *Memorial* respondía a la verdadera acogida del libro, fría, si no claramente hostil, ya que fueron tempranos los comentarios negativos y hasta burlones acerca de la traducción de nuestro autor, hasta el punto de poder presumirse una cierta campaña de desprestigio de la obra. Las primeras noticias nos llegan por boca del poeta Quintana, amigo personal de García Malo, quien hace un encendido elogio de los conocimientos y del carácter del traductor, al tiempo que da cuenta de la pésima opinión y de las burlas que corren acerca de su traducción, circunstancia que atribuye a la mala fe de algunos círculos intelectuales de la época:

En cuanto a [García] Malo no puedo pasar de aquí sin hacer de su bello carácter y de su capacidad la honorífica mención que se merece. Unos cuantos humanistas frívolos y, lo que es peor, malos amigos suyos, habían querido esparcir sobre él un aire de desfavor y tal vez de ridículo por la poca fortuna de sus trabajos poéticos. No le llevaban ellos en esta parte una ventaja muy grande, y él tenía, además, el seso de no hacer caso alguno de estos entretenimientos juveniles, como sus detractores hacían de sus pobreza. Mas ninguno de ellos le excedía ni acaso le igualaba en extensión de conocimientos, en seguridad de principios, en aplicación sostenida, en facilidad de trabajo, en claridad y método de discusión. Y si a estas prendas de espíritu se añaden su profundidad, su consecuencia, sus nobles proceder, la igualdad de su trato, la nobleza de su corazón, incapaz de rencor ni de envidia, ¡cuán pocos son los hombres que se le pudieran preferir, y cuán sensible debió ser a todos sus amigos su muerte fuera de sazón! (Quintana 1872: 187)

Pero será en 1831, con la publicación de una nueva versión de la *Iliada* al castellano por el preceptista neoclásico José Gómez Hermosilla, cuando se sentencie para la posteridad la mala prensa acerca de la traducción de García Malo. En el prólogo de su obra, confiesa publicar su traducción para remediar la obligación de aquellos no versados en la lengua griega de tener que leer la de García Malo: «y la publico para que, mientras no se dé a luz otra mejor, puedan nuestros jóvenes estudiar en ella tan admirable poema con menos disgusto que en la de García Malo, la sola que teníamos hasta ahora» (Gómez Hermosilla 1831: 1). Además de ello, la parte del prólogo denominada «De mi traducción» parece, punto por punto, una crítica tácita al «Discurso preliminar» antepuesto por García Malo a su versión:

No repetiré aquí lo que otros muchos han alegado en defensa de las suyas: esto es, que el hacer una buena traducción es más difícil de lo que ordinariamente se cree; que esta dificultad es tanto mayor, cuanto más bien escrita esté la obra que se traduce; que se aumenta sobre manera cuando la traducción se hace del griego, o del latín, a alguna de las lenguas vulgares; y que llega a lo sumo cuando el autor que se quiere traducir es un poeta, y se le traduce en verso. Todo esto es muy cierto; pero si la traducción es mala, no disculpa el traductor. Porque antes de acometer la empresa, debe ya conocer todas las

dificultades que ofrece; y si no se siente con fuerzas para vencerlas, hasta cierto punto a lo menos, debe renunciar a ella. Además, publicar una traducción es someterla al juicio de los inteligentes; y si estos la condenan, no hay apelación de su fallo. Es, pues, inútil anticipar su apología. (Gómez Hermosilla 1831: XXII)

Tan clara y mordaz es la referencia al erudito, que el propio Menéndez Pelayo se plantea si Hermosilla formaba parte de ese círculo de «humanistas frívolos» que, a decir de Quintana, propiciaron el disfavor popular con respecto a la traducción de García Malo (Menéndez Pelayo 1952-1953a: 120), aunque la cronología de la vida de ambos traductores lo hace sumamente improbable. Ello no fue obstáculo para que el mismo Menéndez Pelayo transmitiera hasta nuestros días la pésima opinión acerca de la versión poética de nuestro autor:

La versión de García Malo tiene el mérito de haber sido la primera que de la *Iliada* se dio a la estampa entre nosotros, tiénele, además, por la fidelidad con que generalmente se ajusta al texto, pero como obra poética es infelicísima de todo punto. [...] De todo lo cual resulta que el señor D. Ignacio García Malo era un caballero particular de excelentes prendas y amenísimo trato, lo cual no le libró de ser un execrable poeta y de cometer con la *Iliada* nefandos sacrilegios. Una traducción de Homero no es obra que pueda emprenderse como *entretenimiento juvenil*: de esta suerte pueden disculparse todas las inepticias. Mejor lo pensó Hermosilla, que llamaba a su versión de la *Iliada* «el trabajo de su vida entera» (Menéndez Pelayo 1952-1953a: 120).

Aunque la crítica más demoledora es aquella en la que recurre al consabido binomio *nomen-omen*: «Como obra poética, el Homero de García Malo (estimable a veces por la fidelidad) es infelicísimo, arrastrado y prosaico. Apenas puede soportarse su lectura. Pruébelo el lector, y se convencerá por sí mismo. El intérprete llevaba en su nombre la sentencia» (Menéndez Pelayo 1952-1953b: 179). Las reprobaciones de la versión de García Malo llegarán hasta bien entrado el siglo XX (Ruiz Bueno 1955: 82-83), y casi siempre están motivadas por opiniones anacrónicas basadas en los criterios estéticos de versificación de la época del que la juzga. Tal vez por justicia histórica, la versión de Hermosilla, alabada hasta la saciedad durante todo el siglo XIX y, en general, hasta que en 1908 se publicara la de Segalá (Martínez García 2001a), pasaría posteriormente a recibir críticas casi tan duras como las que el propio preceptista había lanzado contra su antecesor en las tareas traductoras, sobre todo por parte de autores iberoamericanos (Hualde 1999: 372-373).

En cualquier caso, los finales del siglo XX y comienzos del XXI han traído la rehabilitación de García Malo ya como escritor, por mano de su máximo estudioso Guillermo Carnero, ya en su calidad de traductor, al poner el énfasis en la comprensión y valoración de su versión en el contexto en que fue realizada.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR PIÑAL, Francisco. 1996. *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, Madrid, CSIC.
- AGUILAR PIÑAL, Francisco. 1987. *Un escritor ilustrado, Cándido María Trigueros*, Madrid, CSIC.
- AGUILAR PIÑAL, Francisco. 1988. «El mundo del libro en el siglo XVIII» en VV. AA., *Varia bibliographica. Homenaje a José Simón Díaz*, Kassel, Reichenberger, 25-33.
- CARNERO, Guillermo. 1993-1994. «Ignacio García Malo (1769-1812) y su actividad de traductor», *Sharq Al-Andalus* 10-11, 275-289.
- CARNERO, Guillermo. 1996a. «Datos para la biografía del novelista dieciochesco Ignacio García Malo (1760-1812)», *Hispanic Review* 1, 1-18.
- CARNERO, Guillermo. 1996b. «Introducción» en I. García Malo, *Doña María Pacheco, mujer de Padilla*, Madrid, Cátedra, 11-61.
- CARNERO, Guillermo. 2009. «Sensibilidad y casuística moral en Ignacio García Malo» en G. Carnero, *Estudios sobre narrativa y otros temas dieciochescos*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 185-284.
- GARCÍA EJARQUE, Luis. 1977. *La Real Biblioteca de S. M. y su personal (1712-1836)*, Madrid, Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría.
- GARCÍA GARROSA, María Jesús & Francisco LAFARGA. 2004. *El discurso sobre la traducción en la España del siglo XVIII: estudio y antología*, Kassel, Reichenberger.
- GARCÍA MORALES, Justo. 1971. *La Biblioteca Real 1712-1836*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid-Instituto de Estudios Madrileños del C.S.I.C.
- GÓMEZ HERMOSILLA, José. 1831. *La Iliada de Homero, traducida del griego al castellano por don José Gomez Hermosilla*, Madrid, Imprenta Real.
- GONZÁLEZ ROLÁN, Tomás, M^a Felisa del BARRIO VEGA & Antonio LÓPEZ FONSECA. 1996. *Juan de Mena, la Ilíada de Homero*, Madrid, Ediciones Clásicas.
- GUICHARD, Luis Arturo. 2004. «Notas sobre la versión de la *Ilíada* de Alfonso Reyes», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 52, 2, 409-447.
- GUICHARD, Luis Arturo. 2006. «La *Ulyxea* de Gonzalo Pérez y las traducciones latinas de Homero» en B. Taylor & A. Coroleu (eds.), *Latin and Vernacular in Renaissance Iberia II: Translations and Adaptations*, Manchester, Manchester University Press, 49-72.
- HERRERA NAVARRO, Jerónimo. 1993. *Catálogo de autores teatrales del siglo XVIII*, Madrid, FUE.
- HUALDE PASCUAL, Pilar. 1999. «Valoración de las traducciones de Homero en los siglos XIX y XX en España e Iberoamérica: de Hermosilla a Leconte de Lisle» en M^a Consuelo Álvarez Morán & Rosa M^a Iglesias (eds.), *Contemporaneidad de los clásicos en el umbral del tercer milenio*, Murcia, Universidad de Murcia, 369-377.
- LAMA, Miguel Ángel. 1997. «La recuperación de Ignacio García Malo», *Ínsula* 607, 7-8.
- MARTÍNEZ GARCÍA, Óscar. 2001a. «Hermes, el dios que envejece. Un ejemplo: la *Ilíada*», *Hermeneus* 3, 1-17.
- MARTÍNEZ GARCÍA, Óscar. 2001b. «La transfiguración de los nombres de dioses y héroes a través de las traducciones de Homero al castellano» en M^a José Barrios & Emilio Crespo (eds.),

Actas del X Congreso español de Estudios Clásicos, Madrid, Sociedad Española de Estudios Clásicos, III, 649-656.

MARTÍNEZ GARCÍA, Óscar. 2004. *Las traducciones de Homero al castellano (siglos XIX y XX) y las nuevas teorías traductológicas*, tesis doctoral inédita, Madrid, Universidad Complutense.

MARTÍNEZ GARCÍA, Óscar. 2005. «La épica griega: traducciones de Homero» en Francisco García Jurado (ed.), *La historia de la literatura grecolatina en el siglo XIX español: espacio social y literario*, Málaga, Analecta Malacitana, 161-180.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. 1952-1953a. *Biblioteca de traductores españoles en Obras completas*, Madrid, CSIC.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. 1952-1953b. *Bibliografía hispano-latina clásica: (Miscelánea y notas para una bibliografía greco-hispana)*, Volumen 10, en *Obras Completas*, Madrid, CSIC.

PAJARES, Eterio. 1992. «El anónimo traductor de la versión española de *Pamela Andrews*», *Livius* 1, 201-210.

PALLÍ, Julio. 1953. *Homero en España*, Barcelona, Imprenta Elzeviriana y Librería Cami.

QUINTANA, Manuel José. 1872. *Memoria sobre el proceso y prisión de D. Manuel José Quintana en 1814* (1818) en *Obras inéditas del Excmo. Señor D. Manuel José Quintana, precedidas de una biografía del autor, por su sobrino D. M. J. Quintana y de un juicio crítico por el Ilmo. Sr. Don Manuel Cañete, de la Academia Española*, Madrid, Medina y Navarro, 163-273.

RODRÍGUEZ MORÍN, Felipe. 2012a. «La Constitución española de 1812 en la perspectiva de un escritor ilustrado. El ejemplo de Ignacio García Malo», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* 18, 195-210.

RODRÍGUEZ MORÍN, Felipe. 2012b. «Tres polémicas de Ignacio García Malo y una misma idea de progreso», *Dieciocho* 35:2, 275-300.

ROMERO RECIO, Mirella. 2003. «Religión y política en el siglo XVIII: el uso del mundo clásico», *Ilu* 8, 127-142.

RUIZ BUENO, Daniel. 1955. «Versiones castellanas de la *Ilíada*», *Helmántica* 6, 81-110.

RUIZ CASANOVA, José Francisco. 2000. *Aproximación a una historia de la traducción en España*, Madrid, Cátedra.